



Universum. Revista de Humanidades y
Ciencias Sociales

ISSN: 0716-498X

universu@utalca.cl

Universidad de Talca
Chile

Chacana Arancibia, Roberto
EL CASTILLO , DE KAFKA (O EL FRACASO DE LA FAMILIA)
Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales, vol. 30, núm. 2, 2015, pp. 37-
49
Universidad de Talca
Talca, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=65043177003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

EL CASTILLO, DE KAFKA (O EL FRACASO DE LA FAMILIA)¹

The Castle, of Kafka (or Family failure)

Roberto Chacana Arancibia*

RESUMEN

El artículo sostiene que en la historia de la familia de Barnabas, en *El castillo*, se observa la misma *dinámica sacrificial* presente en *La metamorfosis* y *La condena*, que consiste en que los hijos se hacen cargo de la sobrevivencia familiar, renunciando a su emancipación. *El castillo*, no obstante, deja al descubierto otro hecho relevante: en su relación con la administración las familias quedan sometidas a una dinámica similar, por tanto de ellas también se espera lealtad y sacrificio. Tal sometimiento, sin embargo, no es absoluto, pues va acompañado de un *entrelazamiento cómplice*, ya que las familias son las encargadas de aplicar las normas condales. El artículo concluye que los hijos quedan expuestos así a una doble dinámica sacrificial, y que la familia, lejos de propiciar la emancipación, desencadena el fracaso, el sacrificio y la muerte (en vida) de los hijos.

Palabras clave: *El castillo*, Franz Kafka, familia, hijos, fracaso.

ABSTRACT

This article notes that in the history of the family of Barnabas, in *The Castle*, the same sacrificial dynamics present in *The Metamorphosis* and *The Judgment* is observed, in which

¹ Artículo realizado en el marco del Proyecto Fondecyt N° 11090122, titulado: “El fracaso de los hijos en Kafka: ¿otra expresión del fracaso de la modernidad?”.

* Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Austral de Chile. Valdivia, Chile. Correo electrónico: roberto.chacana@uach.cl

Artículo recibido el 27 de octubre de 2014. Aceptado el 11 de noviembre de 2014.

the offspring take care of family survival, renouncing their emancipation. *The Castle*, however, reveals another important fact: in their relationship with the administration families are undergoing similar dynamics, for them loyalty and sacrifice are also expected. However, this submission is not absolute, because it is accompanied by an accomplice entanglement, as families are responsible for implementing the county standards. The paper concludes that offspring are thus exposed to a double sacrificial dynamics, and that the family, far from encouraging the emancipation, unleashes the failure, sacrifice and death (in life) of the offspring.

Keywords: *The Castle*, Franz Kafka, family, offspring, failure.

INTRODUCCIÓN

La crítica ha subrayado la importancia de la historia de la familia de Barnabas en *El castillo*, la tercera novela de Franz Kafka, escrita en 1922, y publicada póstumamente en 1926, por Max Brod. Roberto Calasso (2005) ha dicho: “La historia de la familia de Barnabas ocupa seis capítulos de los veinticinco que tiene *El castillo*, y ciento cincuenta páginas, como una novela dentro de la novela. En *El proceso* no existe ninguna peripecia de personajes secundarios que abarque un espacio comparable” (99). Michael Löwy (2007), por su parte, considera que los capítulos en que se narra la historia de la familia “se encuentran entre los más desgarradores de la novela” (112). En sus análisis, sin embargo, advertimos que los críticos suelen dejar de lado a la familia de Barnabas, centrando sus interpretaciones en la obstinada lucha del agrimensor por ser admitido en la administración del castillo (de hecho, ese es el tópico más difundido de la novela). Marthe Robert (2006) ha reconocido la dificultad de los críticos en ese aspecto: “La historia de los Barnabé [sic] es el eje de la novela y, para la crítica, la piedra en la que tropiezan las más sutiles exégesis” (264). Curiosamente, la propia Robert “tropieza” al afirmar lo siguiente: “Los cuatro capítulos que cuentan la historia de la familia Barnabé son los únicos en toda la novela que llevan un título” (191). En realidad, tal como podemos comprobar, de los veinticinco capítulos que tiene la novela hay diecinueve debidamente titulados por el propio Kafka. Asimismo, y si bien es efectivo que la mayor parte de la historia de la familia se narra en cuatro capítulos –“17. El secreto de Amalia”, “18. El castigo de Amalia”, “19. Rogativas” y “20. Los planes de Olga”– hay otros tres que también resultan relevantes; ellos son: “2. Barnabas”, “15. Con Amalia” y “16”, que no lleva título.

El mismo Roberto Calasso, a pesar de tener consciencia de la importancia de la familia de Barnabas, no visualiza adecuadamente el papel desempeñado por ella dentro de la novela; dice el italiano: “son escasas las conexiones directas entre la historia de la familia de Barnabas y las vicisitudes de K. [...] En su

conjunto, se trata de una historia cerrada en sí misma –y separada del resto por una imperceptible diferencia de nivel con respecto a los otros habitantes de la aldea” (99). Las conexiones directas entre la historia de K. y la de la familia de Barnabas no son escasas como indica Calasso, sino numerosas y estrechas; ellas no se reducen a la simple “coincidencia” de que el mensajero que debe entregar dos cartas al agrimensor sea, precisamente, Barnabas, el menor de los hijos de la familia. En ambas historias se aprecia el deseo de arreglar asuntos pendientes con la administración, para lo cual cada una de las partes –K. y la familia– ve a la otra como un medio indispensable para lograr tal objetivo. Los asuntos pendientes que cada uno tiene con la administración, a su vez, poseen un origen común: tanto K. como la familia han sido incapaces de comprender adecuada y oportunamente lo que la administración esperaba de ellos. Frente a tal incapacidad la administración ha reaccionado de forma especialmente severa y arbitraria, dejándolos al margen de la vida del pueblo y del castillo.

Calasso se equivoca además cuando, implícitamente, considera lo ocurrido a la familia de Barnabas como una *peripezia de personajes secundarios* y, explícitamente, como una *historia cerrada en sí misma*. Ni lo uno ni lo otro. Los miembros de la familia de Barnabas no son personajes secundarios, ni dentro de la novela ni tampoco dentro del conjunto de la obra de Kafka. Su importancia está al mismo nivel del que poseen unos personajes tan “secundarios” como, por ejemplo, los miembros de la familia Samsa, en *La metamorfosis*. Sí, la historia de la familia de Barnabas está en abierta relación con otras historias de familias kafkianas. En absoluto está cerrada en sí misma.

LA HISTORIA DE LA FAMILIA DE BARNABAS

La arbitrariedad de la administración se deja sentir sobre la familia de Barnabas de una manera particularmente severa, a raíz de que Amalia, una de las hijas, rechaza la demanda sexual de Sortini, un importante funcionario del castillo, rompiendo delante del mensajero la carta que aquel le había enviado. Como resultado de la acción de la joven, la familia experimenta una exclusión total de la vida del pueblo, el padre es apartado de la asociación de bomberos a la que pertenecía, y los clientes retiran el calzado que habían dejado en su casa para que el hombre lo arreglara. La familia va cayendo en la pobreza, y sus integrantes pierden incluso sus identidades; dice Olga, la otra hija: “No se hablaba ya de nosotros como seres humanos, no se pronunciaba ya nuestro apellido; si había que hablar de nosotros, nos llamaban Barnabas, el nombre más inocente de todos” (Kafka, 1999: 909). El padre, un hombre fuerte hasta antes de tales hechos, capaz de rescatar y llevar sobre su espalda a un funcionario del castillo atrapado en un incendio en

la Posada de los Señores, inicia la realización de humillantes rogativas de perdón, primero dentro del servicio y luego en las afueras del castillo, aguardando en plena nieve a algún funcionario competente. Lejos de hallar una respuesta favorable, lo que obtiene del castillo es una negación total de cualquier participación oficial en los hechos que afectan a la familia. Ante la inutilidad de los esfuerzos del padre, Olga decide encontrar al mensajero ofendido y reconciliarlo con la familia; para ello, acude todas las noches a la Posada de los Señores. El plan de Olga, sin embargo, también fracasa, pues no halla rastro del mensajero. En vez de ello, la muchacha acaba prostituyéndose entre los servidores, y llevando a su familia el dinero obtenido de esa manera.

Gracias a su relación con los servidores, Olga conoce la existencia de una vía no oficial para ingresar al servicio del castillo, la cual será utilizada por Barnabas para convertirse en mensajero; con ello, la joven esperaba obtener el perdón del mensajero ofendido, ya que este podría ver que alguien de la familia estaba haciendo el trabajo que él se veía impedido de realizar. Animada por los relatos de los criados, Olga concluye que el puesto de mensajero de Barnabas puede resultar favorable para la familia, a raíz de lo que el joven podría obtener para esta. Sin embargo, los relatos de los criados no parecían sinceros; Olga afirma: “De los relatos de los criados se podía deducir, si se tenía ganas –y yo tenía muchas–, que alguien admitido al servicio del castillo podía conseguir muchas cosas para su familia. ¿Hasta qué punto eran creíbles esos relatos? Era imposible de determinar, pero era evidente que muy poco” (923). A raíz de ello, Olga renuncia a su aspiración original y se conforma con que el ingreso no oficial de Barnabas al servicio del castillo sirva para alcanzar el perdón del mensajero ofendido por Amalia.

En ese contexto, la misión de tener que entregar dos cartas a K. es interpretada por Olga como una primera señal de perdón de la administración a la familia, pues, hasta ese momento, el servicio de Barnabas había sido totalmente inútil y monótono. Sin embargo, no nos resulta del todo claro que dicho encargo pueda llegar a transformarse en el preámbulo de una mejoría de la situación de la familia –ni tampoco de la de K.–, puesto que ambas cartas carecen de mayor relevancia: la primera es una especie de bienvenida, en circunstancias de que K. no era esperado en el pueblo; la segunda felicita la realización de unos trabajos aún no iniciados. Asimismo, el procedimiento que las origina indicaría que ellas poseen un valor a lo menos dudoso; Olga lo explica así: “Entretanto, el escribiente busca entre los muchos expedientes y cartas que tiene bajo la mesa una carta para ti; no se trata, pues, de una carta que acabe de escribir, sino, a juzgar por el aspecto del sobre, de una carta muy antigua que lleva ya mucho tiempo allí” (876). Tal procedimiento y el hecho de que, por haber ingresado por una vía paralela, Barnabas solo cumpla un “servicio aparente” (925), que le impide incluso llevar el traje oficial de mensajero, hacen que Olga tenga solo esperanzas moderadas en las cartas: “Esas dos cartas

[...] son, desde hace tres años, el primer signo de gracia, aunque todavía bastante dudoso, que nuestra familia ha recibido” (928).

Sin embargo, y más allá de las dudas o certezas que tales cartas provocan, lo cierto es que K. ha sido definitivamente rechazado como agrimensor, y que sus intentos por revertir esa determinación no hacen más que reforzarla. En ese sentido, las (in)trascendentes cartas que transporta un mensajero no oficial como Barnabas están dirigidas a alguien que, desde la perspectiva de la administración, *no existe*. A pesar del inicial entusiasmo de Olga, lo más probable es que la situación de su familia empeore cada vez más, tal como acontece con la de K.; de hecho, ambos devenires están estrechamente ligados: “nuestro destino ha entrado en cierta dependencia de ti”, reconoce la muchacha (928). Por su parte, el propio K. comienza a ver a la familia de Barnabas de forma especial, y a sus integrantes como “personas a las que, al menos exteriormente, les pasaba lo mismo que a él; a las que, por consiguiente, podía unirse, y con las que podía entenderse en muchas cosas” (874). Más adelante K. admite: “le parecía que ahora, lo quisiera o no, estaba vinculado a aquella familia” (930).

A partir de ese momento, la situación de ambos continuará estrechamente vinculada. K., que de manera rápida pierde el puesto de bedel de la escuela –solo alcanza a desempeñarlo un día–, debe conformarse con cualquier otro trabajo que le conceda la administración del castillo o algún habitante de la aldea. Los tres hermanos, por su parte, tienen que resignarse a continuar abocados a cuidar a sus viejos y enfermos padres, cada uno desde su respectiva posición: Amalia, encerrada en casa; Olga, prostituyéndose en la Posada de los Señores; y Barnabas, el *servidor aparente*, en “la posición cargada de responsabilidades de un padre de familia” (927). En alguna pausa en medio de sus extenuantes actividades cada uno podrá reflexionar acerca de su desconcertante situación, llegando, quizá, a una conclusión similar a la del narrador de *Durante la construcción de la muralla china*, la célebre narración escrita por Kafka en los primeros meses de 1917: “Nosotros –creo poder hablar en nombre de muchos– tuvimos que estudiar con toda minuciosidad las instrucciones de la dirección suprema para conocernos a nosotros mismos, y darnos cuenta de que, sin la dirección, ni nuestros conocimientos escolares ni nuestro entendimiento habrían bastado para desempeñar la *pequeña labor* que se nos había adjudicado *dentro del gran conjunto*” (Kafka, 2003: 536. *Cursivas nuestras*).

LA PEQUEÑA LABOR DENTRO DEL GRAN CONJUNTO

Recordemos que desde la perspectiva kafkiana la principal misión –o *pequeña labor*– que comúnmente debe cumplir un hijo es sacrificarse por la familia, de manera tal que esta logre un mejor bienestar; lo anterior, aun a costa de que el joven renuncie a la felicidad y la realización personal. Ello, perfectamente lógico

para Gregor Samsa, en *La metamorfosis*, y para Georg Bendemann, en *La condena*, es lo que no ha sabido comprender Amalia. Y esa ha sido su falta, su gravísima falta. Amalia ha puesto en primer lugar sus deseos y escrúpulos personales, y ha relegado a un segundo plano los intereses de la familia, actuando de forma “egoísta”. Es verdad que, tras el castigo a la familia, Amalia da muestras de sacrificio y generosidad, quedándose en casa sirviendo a los padres. Sin embargo, como veremos, no era esa toda la generosidad que se esperaba de ella.

¿Qué habría ocurrido con el grupo familiar si Amalia se hubiese sacrificado “realmente”? Para responder a esa pregunta debemos recordar que en la novela se dice que Sortini conoció a la muchacha en una fiesta de la asociación de bomberos, tres años atrás, en la que también participó el castillo, costearo una nueva bomba de incendios. La fiesta fue un evento muy importante, al que asistió una gran multitud, que incluía funcionarios y criados del castillo y gente de los pueblos vecinos. Olga y Amalia se habían preparado para la fiesta de forma especial desde hacía semanas, y el padre parecía ansioso por los ejercicios que le correspondía realizar junto a otros bomberos. La familia tenía motivos para prepararse con esmero; Olga lo recuerda así: “estábamos muy bien considerados y la fiesta, por ejemplo, no hubiera podido comenzar sin nosotros, porque nuestro padre era tercer jefe de ejercicios de los bomberos” (Kafka, 1999: 885). Tan especial resultaba la fiesta para la familia que el padre se animó a hacer un vaticinio: “Yo creo, y fijos en lo que digo, que Amalia [que gracias a su vestido lucía más hermosa que Olga] va a encontrar novio” (885). Y así fue: Sortini se fijó en ella. Pero Amalia lo rechazó, y lo que pudo ocurrir si el vaticinio/deseo del padre se hubiese visto realizado ya no acontecería jamás: la familia, que ya disfrutaba de una posición importante dentro de la comunidad —*la fiesta no hubiera podido comenzar sin nosotros*—, habría ascendido aún más en la jerarquía social, de la mano de la hija y su poderoso “novio”, y el padre, seguramente, habría llegado a ocupar un puesto más importante dentro de los bomberos.

Así como pueden ser grandes los “maleficios” que cosecha una familia porque una hija rechaza la relación amorosa que un funcionario pretendía establecer con ella (bien lo sabe la familia de Barnabas), los beneficios derivados de un vínculo como ese pueden ser tan importantes que sus efectos se mantienen incluso cuando la relación ya ha terminado. En el momento en que K. se entera de la historia del origen del matrimonio entre Gardena y Hans, y de cómo esa unión permitió que ambos se hicieran cargo de la Posada del Puente, el agrimensor, con enorme perspicacia, señala que ello fue posible gracias a que la familia de Hans —quien, a la sazón, era un simple mozo de cuadra de un campesino importante— vio en la mujer un buen partido porque, hasta hace poco tiempo atrás, había sido la amante de Klammm; dice K.: “Usted misma dijo una vez que ser la amante de Klammm significaba una elevación de rango irreversible, de manera que puede que fuera eso lo que los

atrajera [...] también fue, creo yo, la esperanza de que la buena estrella que la llevó a Klammm [...] se convirtiera en definitivamente suya, es decir, se quedara con usted y no la abandonara” (776. *Cursivas nuestras*).

Con tal de lograr una *elevación de rango* similar, ¿habría tolerado el padre que Amalia se convirtiese en amante de Sortini? Los indicios que hay en la novela apuntan en la dirección de que el padre sí lo habría aceptado. Veamos. En primer lugar, y una vez que la familia ya estaba sumida en el castigo, el padre manifiesta una actitud “dilapidadora” sin límite, al sacrificar prácticamente todo el dinero y las pertenencias de la familia, intentando desesperadamente obtener ayuda de los funcionarios y un “ascenso” para la maltrecha familia. Al respecto, debemos recordar que Olga dice que su padre sin duda “hubiera sacrificado a Sortini cuanto poseía” (904). No es erróneo suponer, en ese sentido, que dentro de las “posesiones” sacrificables también estaba Amalia.

En segundo lugar, durante la fiesta la familia pudo comprobar de forma directa la enorme e incondicional admiración que el padre sentía por Sortini; Olga recuerda:

Nuestro padre se inclinó profundamente y, excitado, nos hizo un gesto también para que nos inclináramos. Sin conocerlo antes, nuestro padre, había venerado a Sortini de siempre como experto en asuntos de lucha contra incendios y en casa nos había hablado con frecuencia de él; por eso era para nosotros muy sorprendente y significativo ver ahora a Sortini en persona (887).

El padre es claro en su solicitud: toda la familia debe *inclinarse* ante Sortini, incluida Amalia, por cierto.

Por último, Amalia se negó a hacer algo que parecía ser común entre las mujeres del pueblo, esto es, intimar con los funcionarios; Olga señala: “La relación de las mujeres con los funcionarios es, créeme, muy difícil o, mejor dicho, siempre muy fácil de juzgar. Nunca falta el amor. No hay funcionarios infelices [...] las mujeres no pueden evitar amar a los funcionarios cuando ellos se vuelven hacia ellas, incluso los aman antes, por mucho que quieran negarlo” (894). Olga, que sabe de lo que habla, dice que habría actuado diferente a Amalia si Sortini se hubiese fijado en ella: “Por lo que a mí se refiere, te confieso francamente que si hubiera recibido una carta así, habría ido” (891).

El desenlace para la familia, entonces, podría haber sido muy distinto si en su pronóstico el padre hubiese “apostado” a la hija más dispuesta, y no a la que lucía más hermosa. Para lograr un resultado positivo, además, en la fiesta Olga tendría que haber llevado puesto el collar de granates de Bohemia, que Gardena le prestó como una forma de compensar la mayor belleza que tenía el vestido de Amalia; Olga, sin embargo, justo después del vaticinio del padre, lo cedió voluntariamente a la hermana. Dada la persona a quien pertenecía –ni más ni menos que una

examante del poderoso Klammm—, el collar, lejos de ser un mero adminículo o complemento de belleza, constituía, muy probablemente, una señal visible de que quien lo portaba poseía una muy buena “disposición”, en especial, si una *elevación de rango irreversible* se avistaba en el horizonte. No hay que olvidar, en ese sentido, que la carta de Sortini “estaba dirigida a la muchacha del collar de granates” (889).

Pero, ¿por qué ha sido castigada la familia en su conjunto? ¿Por qué no ha sido castigada solo la hija escrupulosa y rebelde? ¿Cuál ha sido la falta de la familia? Para dar respuesta a estas interrogantes debemos tener en cuenta que, en Kafka, así como el hijo debe estar estrechamente unido a la familia, la familia debe estar ligada del mismo modo a la administración. Esta última debe hallar siempre las puertas abiertas para penetrar en los espacios y en los ritos más íntimos del grupo familiar. Otro pasaje de *Durante la construcción de la muralla china* nos resulta útil para ilustrar tal idea; dice el narrador: “Preguntadle a la dirección. Ella nos conoce. Ella, que arrastra enormes preocupaciones, sabe de nosotros, conoce nuestra modesta forma de vida, nos ve a todos sentados juntos en la baja cabaña, y la oración que el padre de familia pronuncia al atardecer, rodeado de los suyos, le complace o le disgusta” (Kafka, 2003: 538). Entre la administración y la familia no deben existir obstáculos innecesarios ni fronteras infranqueables; al contrario, ambas deben conformar un todo unitario. En *El castillo*, el maestro de la escuela lo expresa del siguiente modo: “Entre los aldeanos y el castillo no hay ninguna diferencia” (Kafka, 1999: 700).

La afirmación del maestro —que soslaya las acusadas diferencias jerárquicas que existen entre ambas partes— refleja muy bien lo relativo a la falta de hospitalidad sufrida por el agrimensor desde su llegada al pueblo, la cual ha provenido tanto del castillo como de los aldeanos. Aunque con palabras amables, el curtidor Lasemann no duda en expulsar a K. de su casa: “‘Señor agrimensor’, dijo, ‘no puede quedarse aquí. Perdón la descortesía’ [...] ‘Probablemente se asombrará de nuestra falta de hospitalidad’, dijo el hombre, ‘pero la hospitalidad no es costumbre entre nosotros; no necesitamos huéspedes’” (702-3). Por su parte, y pese a hallarse enfermo, Gerstäcker, el carretero vecino de Lasemann, se apresura en alejar a K. del lugar y lo conduce en su trineo a la Posada del Puente: “En conjunto, aquello no daba la impresión de una amabilidad especial sino más bien de un empeño muy egoísta, tímido y casi meticuloso, en apartar a K. de delante de la casa” (705). Más que consecuencia de la falta de costumbre o de querer facilitar el desplazamiento de K. por la nieve, la actitud de ambos aldeanos respondería al deseo de satisfacer la voluntad de las autoridades, en cuanto a comportarse de forma poco amistosa con el agrimensor; la siguiente afirmación de Lasemann confirmaría tal posibilidad: “nosotros, la gente poco importante, nos atenemos a la norma” (703). En la medida en que la *gente poco importante* —esto es, los aldeanos y las familias del pueblo del castillo— se atiene a la norma, la afirmación del maestro de la escuela resulta plenamente válida:

desigualdades jerárquicas a un lado, entre los aldeanos y el castillo no hay diferencia alguna, y así lo ha comprobado K. en lo referido a la ausencia de hospitalidad.

Un poco antes de lo ocurrido con Lasemann y Gerstäcker, la falta de hospitalidad de los aldeanos ya se había manifestado cuando el propio maestro de la escuela responde de manera fría y evasiva a una pregunta de K.: “¿Podría visitarlo alguna vez?’ ‘Vivo en la calle de los Cisnes, junto al carnicero’. Era una indicación más que una invitación [...]” (700). Por su parte, la acogida que en la noche de su llegada al pueblo K. encontró en la Posada del Puente fue producto, simplemente, de la negligencia del posadero; Gardena, la esposa de este, así se lo aclara al agrimensor: “Usted, por ejemplo, tiene que agradecer solo a su dejadez [la del posadero] –aquella noche yo estaba tan cansada que me caía– el estar aquí en el pueblo y estar aquí sentado en esa cama, en paz y a gusto” (739). En episodios posteriores, Gardena estará mucho más alerta e intentará deshacerse de K., sin miramientos.

Lo señalado hasta aquí implicaría que los aldeanos y las familias no son meras víctimas de la administración, sino que, desde su respectiva posición jerárquica, desempeñan un papel clave dentro de ella, permitiendo que la *norma* se imponga en la población. Eso explicaría que el castigo que recibe la familia de Barnabas no sea aplicado por el propio castillo, sino que sean las demás familias quienes asumen tal responsabilidad, abandonando primero y despreciando después a la familia caída en desgracia. Tan claro es el papel que tienen asignadas las familias dentro de la administración que la propia Olga lo reconoce con cierta frialdad: “cuando [los demás] renegaron de nosotros habían creído cumplir con su deber, en su lugar tampoco hubiéramos hecho otra cosa” (905). Ello querría decir, entonces, que, en circunstancias normales, la familia de Barnabas también le habría negado la hospitalidad al agrimensor; si le ha abierto las puertas de su casa –es la única del pueblo que lo ha acogido– es, simplemente, por la situación excepcional y desesperada en la que ella se encuentra. De hecho, hasta antes del castigo, las hermanas de Barnabas despreciaban a quien consideraban estar bajo su nivel; dice Olga: “Hace tres años, éramos hijas de burgueses y Frieda, la huérfana, era criada de la Posada del Puente; nosotros pasábamos por su lado sin rozarla siquiera con la mirada, sin duda éramos demasiado orgullosas, pero habíamos sido educadas así” (897). Ahora, siguiendo la *norma*, es Frieda quien desprecia a las hermanas.

En *El castillo*, la vida ordinaria de las familias y la vida oficial de la administración se entrelazan de manera cómplice; dice el agrimensor: “¿Y qué era realmente allí la vida normal? En ninguna parte había visto K. hasta entonces lo oficial y la vida tan entrelazados como allí, tan entrelazados que a veces podía parecer que hubieran invertido sus respectivas posiciones” (749). Desde ese punto de vista podemos comprender que cuando Lasemann y Gerstäcker alejan de sus casas al agrimensor actúan no solo como un par de jefes de hogar que evitan meter a sus

familias en problemas con la administración, sino también como lo haría cualquier pareja de funcionarios diligentes que sorprenden a un extraño en el interior de una dependencia prohibida. Al alejarlo de sus casas Lasemann y Gerstäcker alejan a K. también del castillo; de hecho, al subir al trineo de Gerstäcker, K. ve frustrados sus planes de llegar al castillo esa mañana, pues el carretero solo accede a conducirlo a la posada: “Allí arriba, el castillo, curiosamente oscuro ya, al que K. había esperado llegar aquel día, volvía a alejarse” (706). Del mismo modo, cuando un funcionario le impide a K. el ingreso al castillo le está cerrando también las puertas de las casas del pueblo. A eso aspira el joven Schwarzer, precisamente, cuando trata de expulsar a K.; lo que quiere el muchacho es cerrarle a K. todas las puertas del lugar: las de las casas, las de las oficinas y las de las secretarías del castillo.

Respecto de una medida tan severa como esa, K. supone que Schwarzer actuó así porque ese día había tenido un disgusto con la joven a la cual corteja –Gisa, la maestra de la escuela–; de no haber sido por ello, piensa el agrimensor, Schwarzer habría tenido una disposición más positiva, la que, a su vez, habría predispuesto de manera favorable a la administración respecto de su asunto: “Porque no había que olvidar que aquella acogida, probablemente, había marcado todo lo que había seguido después [...] ¿Y cuál era el ridículo motivo de todo aquello? Tal vez el mal humor de Gisa ese día, a consecuencia del cual Schwarzer había vagado de noche sin poder dormir, y se había desquitado luego de sus sufrimientos con K.” (860-862). En un tono irónico a la vez que serio –según Olga, característico de la forma de hablar de su hermana–, Amalia refiere a K. la siguiente situación: “una vez oí hablar de un joven a quien la idea del castillo ocupaba día y noche, todo lo demás lo descuidaba, se temía por sus facultades ordinarias, porque toda su razón estaba arriba en el castillo, pero finalmente se descubrió que realmente no pensaba en el castillo sino solo en la hija de una fregona de las secretarías, que de todas maneras consiguió, y entonces todo se arregló otra vez” (903). La “severidad” de lo oficial puede hundir sus raíces en la vida normal hasta en cuestiones tan “domésticas” como esas.

El entrelazamiento de lo oficial con la vida normal se aprecia también en *El proceso*, a través de la peculiar ubicación que poseen las oficinas del tribunal, las cuales se hallan en los desvanes de los edificios suburbiales, *entreveradas* con las estrechas y oscuras habitaciones de las familias. El aire viciado de las oficinas, que provoca que Josef K. casi se desvanezca en el lugar, es producto de que allí se cuelga a secar la ropa de los inquilinos; los funcionarios judiciales son, en buena medida, unos vecinos más: “estamos casi sin interrupción en las oficinas, incluso dormimos aquí” (526), confiesa una funcionaria. En *El proceso*, sin embargo, el entrelazamiento de lo oficial con la vida no es absoluto, pues hay ámbitos de esta última que (aún) no se ven afectados por el tribunal; la joven funcionaria judicial que asiste a Josef K. cuando este está a punto de desvanecerse admite: “nuestra jurisdicción no es muy conocida entre la población” (525). En efecto, en *El proceso*

hay individuos –como Josef K. hasta antes de su detención– que viven al margen del tribunal, desconociendo incluso su existencia. En *El castillo*, en cambio, no hay ningún aldeano ni ninguna familia que quede fuera de la “jurisdicción” condal: allí el entrelazamiento es total.

Algo similar podríamos señalar respecto de lo que ocurre en la ya citada *Durante la construcción de la muralla china*, en donde leemos:

[...] en todo compatriota veían [los trabajadores] un hermano para el que estaban construyendo una muralla defensiva, y que se lo agradecería hasta el fin de sus años, ¡unidad!, ¡unidad!, pecho contra pecho, el pueblo en pie desfilando, sangre ya no encerrada en la mezquina circulación del cuerpo, sino fluyendo con dulzura, y sin embargo retornando eternamente, a lo largo y a lo ancho de la infinita China (Kafka, 2003: 534).

Un entrelazamiento de esa naturaleza permite que entre los constructores, la población y el país en el que se levanta la muralla no exista fisura alguna, y que de tal unión surja una especie de *gran organismo vivo*, en el interior del cual fluye la misma sangre. En *El castillo*, la familia de Barnabas ha sido tan severamente castigada por haber interrumpido, precisamente, la circulación de la “sangre” que fluye a lo largo y ancho de la (infinita) administración, rompiendo el entrelazamiento cómplice y mostrándose incapaz de desempeñar correctamente la *pequeña labor* que se le había adjudicado dentro del *gran conjunto*, al cometer un error imperdonable: colgar el collar de granates en el cuello de la hija equivocada.

CONCLUSIÓN

La demanda de lealtad y sacrificio –que es, a fin de cuentas, lo que precipita desde dentro de la familia el fracaso de los hijos²– es también una característica de la administración, y el medio del cual esta se vale para comprobar que los “administrados” la satisfacen cabalmente es someterlos a las más ignominiosas condiciones de vida; quienes se resignan a ellas son considerados como individuos leales y esforzados. Por esa vía, en Kafka los hijos quedan sometidos a una doble demanda sacrificial: la que proviene de la familia y la que emana de la administración. En la obra del escritor checo no hallamos ningún hijo que sea capaz de responder satisfactoriamente a ambas demandas, ni siquiera a la que proviene de la familia (recordemos que Gregor Samsa y Georg Bendemann mueren prematuramente).

² Sobre este punto remito a mi libro *La familia de Kafka. Lealtad y sacrificio*. Madrid: Plaza y Valdés, 2012.

Desde ese punto de vista, el fracaso de los hijos queda doblemente garantizado, pues tanto la administración como la familia requieren individuos obedientes.

El fracaso de los hijos del cual nos habla Kafka es, también, el fracaso de la familia, lo cual podemos advertir con toda nitidez en el caso de la familia de Barnabas. Amalia, la hija rebelde y libertaria, que impide verse convertida en la amante de un alto funcionario se niega, a través de ello, a someterse a su familia (al menos del modo en que esta lo esperaba). El castigo que recibe la familia por ello es feroz, desencadena su degradación social y su verdadera devastación. Dicha devastación, sin embargo, no remite de forma exclusiva al caso específico de esa familia, sino que apunta algo que, parafraseando las ideas de Jean François Lyotard, podríamos denominar como la *liquidación de la familia en tanto relato emancipador*. En efecto, *El castillo* muestra que, en su condición de hija, Amalia no tiene ninguna posibilidad de alcanzar la emancipación, pues dentro la familia está convertida en cocinera y criada de sus enfermos y envejecidos padres, y fuera de ella el papel que le aguarda es el de amante de Sortini. Sus hermanos no tienen un presente ni un futuro mejor; al contrario, los dos desempeñan papeles de servidores de la administración: uno, postal; la otra, sexual (y, por medio de ellos, de servidores de la familia).

Dado el entrelazamiento que existe entre ambas, al someterse sumisamente a la familia, los hijos se someten también a la administración; al rebelarse a la familia, se rebelan a la administración. Y esto último no debe ocurrir. Pero la familia de Barnabas ha sido incapaz de impedirlo. Esa incapacidad, sin embargo, ha dejado en evidencia su capacidad de “ofender” a los hijos, la que si bien se ha visto frustrada en el caso de Amalia, ha sido exitosa en el de Olga y de Barnabas. A su modo, Olga y Barnabas llevan puesto el collar de granates de Bohemia y desempeñan con esfuerzo la pequeña labor que se les ha asignado dentro del gran conjunto. Quizá en algún momento alcancen la ansiada elevación de rango irreversible.

REFERENCIAS

Calasso, Roberto. K. Traducción de Edgardo Dobry. Barcelona: Anagrama, 2005.

Chacana Arancibia, Roberto. *La familia de Kafka. Lealtad y sacrificio*. Madrid: Plaza y Valdés, 2012.

Kafka, Franz. *Obras Completas I. Novelas. El desaparecido (América). El proceso. El castillo*. Traducción de Miguel Sáenz. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1999.

Kafka, Franz. *Obras Completas III. Narraciones y otros escritos*. Traducción de Adan Kovacsics, Joan Parra Contreras y Juan José del Solar. Barcelona: Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores, 2003.

Löwy, Michael. *Franz Kafka, soñador insumiso*. Traducción de Eliane Cazenave Tapie y Adrien Pellaumail. Madrid: Taurus, 2007.

Robert, Marthe. *Lo antiguo y lo nuevo. De don Quijote a Kafka*. Traducción de Máximo Higuera. Madrid: Trifaldi, 2006.